

Mirar a la manera de Dios



“Vida contemplativa”: expresión, a veces enigmática, que guía nuestra vida cotidiana; una melodía sin la cual nuestra vida pierde sentido. ¿Qué significan estas dos palabras para nosotros hoy? Hermanitos y Hermanitas de diferentes países europeos se han reunido para intentar responder a esta pregunta, basándose en sus propias experiencias. Comparten con nosotros algunas perlas, algunas pistas que pueden guiar nuestros propios comienzos en la oración.

Una cuestión de mirada

Contemplar es mirar a la manera de Dios. Es mirar a Jesús y maravillarse de su belleza. Significa mirar a las personas: descubrir la belleza que a veces oculta la vida ordinaria. Significa descubrir el Espíritu, la santidad del vecino de al lado.

Significa mirar y también ser mirado, dejarse mirar, dejarse interpelar por la mirada de los demás en cada etapa de nuestra vida.

Un viaje sin fin

¿Podemos maravillarnos de lo que no sabemos? Estamos en el camino del conocimiento... La búsqueda es continua, siempre abierta.

Muchos otros movimientos, cristianos o no, religiosos o filosóficos, desarrollan la contemplación. Nosotros los «religiosos», junto con nuestros vecinos, la gente de los barrios donde vivimos nos descubrimos en una profunda búsqueda.

En la vida ordinaria

Alguien me preguntó una vez: «¿De dónde viene tu esperanza? Yo quería una vida que no me alejara de la vida real con la gente sencilla; la vida con sus alegrías, sus sufrimientos, sus dificultades. Es ahí, en medio de la vida cotidiana, donde encuentro mi esperanza.

No soy llamada a vivir en un mundo paralelo, sino en la realidad de la vida, a vivir en el mundo y aceptarlo tal como es.

Jesús se sumergió en la realidad de su tiempo, en su contexto. Descubramos algo nuevo en esta realidad banal, cotidiana, que tiene algo de positivo.

Nuestra vida contemplativa tiene los colores del hoy, de nuestra realidad.

Una visión amplia

Somos una Iglesia en medio del valle: una Iglesia en salida de “la cristiandad” y de su vocabulario. Una Iglesia en salida, pero que aún no ha entrado de lleno en este mundo postcristiano. El contexto europeo secularizado en el que vivimos nos urge a redescubrir las relaciones.

Necesitamos ampliar la Eucaristía, verla como una presencia que va más allá del ámbito litúrgico para abarcar toda nuestra vida. No es la Eucaristía la que pierde importancia, sino que se unen Eucaristía y vida, formando una sola cosa con nuestra vida. Se nos invita a vivir una vida eucarística.

Una escuela de desapego

La edad y la vejez son también una escuela de oración, de contemplación, de desprendimiento, de deseo del Encuentro. Acompañar a nuestros hermanos ancianos es ser testigo de un camino accidentado, siguiendo las huellas de Jesús, que no tuvo que experimentar la vejez.

Con la edad, nos volvemos más humildes, aceptamos la realidad tal como es, acogemos nuestras propias limitaciones. El desapego en sí mismo no tiene sentido, salvo para apegarse más a Jesús. No se trata de una actitud voluntarista, sino de dejar que el Espíritu Santo actúe en nosotros.

A los mayores les gusta mirar a los niños, que son maestros de la admiración, el asombro y la contemplación.

Del silencio a la palabra

No es fácil ni natural hablar con los demás de las cuestiones que nos rondan por la cabeza. Tengamos 20 u 80 años, nos cuesta hablar o escribir sobre nuestra vida contemplativa.

Tal vez, al llegar a cierta edad, sentimos cierto pudor al hablar de la experiencia vital de la contemplación, prefiriendo guardar silencio. Al mismo tiempo, es necesario decir algo... necesitamos encontrar el camino.

Por eso hemos querido compartir contigo algunos fragmentos de nuestros intercambios, con la esperanza de que puedan resonar con tu propia experiencia.

Texto redactado a partir de extractos de la carta de pt sr Elisabeth-Lucie (PSJ), pt fr Kuba (PFJ), pt fr Mirek (PFJ) tras el encuentro de Bérgamo (Italia)

